

Référence bibliographique: Anónimo (Éd.): "Número X", dans: *El Filósofo à la Moda*, Vol.1\010 (1788), pp. 181-196, édité dans: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Éd.): Les "Spectators" dans le contexte international. Édition numérique, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.342

Número 10

Leccion XIX

A los Padres Inexorables contra las Hijas que Eligen Marido a su Gusto.

His lacrimis vitam damus, & miserescimus ultro.

Soy mas sensible á una carta en que hable la naturaleza, que á una en que sobresalga el ingenio. He aquí una de las primeras que una Dama me ha escrito.

Señor Filósofo.

“Entre todas las desgracias que suceden á una familia, no me acuerdo de haber leído hasta ahora, que haya vmd. hablado de los hijos, que se casan sin el consentimiento de sus Padres. Yo entro en el número de estas desdichadas personas. No tenía mas que quince años quando elegí un esposo, y desde aquel momento he pasado una vida infeliz, por haber incurrido en la indignacion de un Padre inexorable que no me quiere perdonar, aunque tengo un santo por marido, y muchos hijos tiernos, capaces de mover á compasion un corazon de piedra. El cariño que mi Padre me tenía antes, agrava mi error, aunque esta misma causa redobla mi terneza hácia él, á quien amo mas que á todas las cosas del mundo. Sufriría de buena gana la muerte, si con esta condicion me recibiese nuevamente en su gracia. Me he postrado muchas veces á sus pies, rogandole, hecha un mar de lágrimas, me perdonase: pero él siempre me ha rechazado con desden. Le he escrito muchas cartas, sin que tampoco las haya querido recibir. Hace dos años que le envié el mas pequeño de mis hijos, vestido de nuevo, pero el pobrecito volvió con los ojos bañados en lágrimas, porque no le quiso vér siquiera, y mandó se le echase de casa. Aunque mi Madre está interesada en mi favor, no se atreve á decirle nada por no irritarle. No ha todavía dos meses, que le acometió una peligrosa enfermedad, que casi le reduxo á ser desauciado de los Médicos. Quedé tan penetrada de dolor al oír esta noticia, que no pude dexar de informarme de su estado. Mi Madre se aprovechó de esta ocasion para hablarle de mí, y decirle con sollozos y llantos, que yo había ido á verle, y que me moriría de dolor, si se negase á darme su bendicion, y á reconciliarse conmigo; pero lexos de aplacarse, la rogó no le hablase de mí, para no perturbar los últimos instantes de su vida. Sepa vmd. que él está en reputacion de hombre virtuoso y sábio, y esto es lo que empeora mi dolor. Gracias á Dios se ha recobrado de la enfermedad, pero su excesivo rigor me ha dado un golpe tan fatál, que temo perder mi vida, quando la lectura de esta carta, incluída en una de las Lecciones de vmd., no haga en él alguna impresion, y le mueva á serme mas favorable. Quedo de vmd., &c.”

Entre todos los rigores con que los hombres suelen recíprocamente tratarse, no hay ninguno que merezca ménos disculpa como aquella dureza con que los padres tratan á sus hijos. Un humor obstinado é inflexible, que nunca perdona, se hace odioso en todas las ocasiones, pero en ésta mucho mas, porque repugna á la naturaleza. El amor, el cariño, la compasion que se introduce en nuestros corazones hácia aquellos que dependen de nosotros, mantienen la vida de todo el mundo animado. El supremo Sér por la excelencia, y por la infinita bondad de su naturaleza, extiende su misericordia sobre todas las obras, que ha formado con un soplo, y porque sus criaturas no tienen esta voluntaria benevolencia con aquellas que están á su cuidado y proteccion, las ha comunicado un

instinto, que las sirve de bondad natural. Este instinto es mas general y ménos ceñido en los hombres que en los brutos, porque la razon y el deber le dá extension. Y á la verdad, si nos exâminamos á nosotros mismos con alguna atencion, hallarémos, que no solamente nos inclinamos á tener cariño á aquellos, cuyo origen procede de nosotros, pero tambien que tenemos una especie de inclinacion natural á todas las criaturas que esperan recibir algun beneficio, ó su subsistencia de nuestro cuidado. La dependencia apela continuamente á la humanidad, y este es el motivo mas poderoso que trae consigo el cariño y la compasion.

De modo que un hombre que puede vencer este instinto, ó desvanecer esta natural aficion, degenera de su estado, se hace inferior á los brutos, trastorna en quanto puede el fin de la providencia, y destierra de su corazon un principio el mas divino que la naturaleza ha gravado en él. Entre una infinidad de argumentos que se podrían hacer contra un procedimiento tan perverso, quiero escoger uno solamente, que aunque comun, es sin duda el mas fuerte. En la oracion dominical pedimos á Dios, que nos trate como tratamos á nuestros enemigos, y que nos perdone como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido. El caso viene idéntico. La relacion, entre el hijo y el padre, se acerca mas que ninguna á la de la criatura con el Criador. Por grande que sea la ofensa del hijo hecha al padre, si éste, se mantiene inexôrable ¿cómo puede volverse al Supremo Señor del Universo, para darle el tierno nombre de Padre, y suplicarle le conceda un perdon que él mismo niega á una hija propia? Pudiera añadir otros muchos argumentos, que la Religion y la prudencia humana nos suministran, pero si el que de paso he tocado, no produce buen efecto, sería inutil y excusado hablar de otros. Por tanto concluiré esta Leccion con un rasgo de historia muy interesante, que he encontrado en una antigua Cronica de Alemania.

Eginbart, Secretario del Emperador *Carlos Magno*, cumplía su empléo con tanta exâctitud y afabilidad, que todo el mundo le quería apasionadamente. Tambien *Imma*, hija del Emperador le amó con extremo, y él la correspondía con una pasion la mas cariñosa. El temor les estorbaba juntarse á menudo, y detenerse en freqüentes conversaciones. Esta pribanza fue causa que se aumentase el fuego del amor en uno y otro corazon. *Eginbart*, finalmente no pudiendo refrenar mas el ardor que le abrasaba, se determinó á un paso de inaudito atrevimiento. Se introduxo de noche en la habitacion de la Princesa. Llamó diestramente á la puerta, y fue admitido en su quarto, en la suposicion de ser una persona que debía hablarla de parte del Emperador. La conversacion que tuvo con ella fue muy diferente y del todo opuesta á los deseos é intereses de su Príncipe. Mas en fin, mitigado un tanto el fuego de estos amantes, quiso retirarse, antes que saliese el dia, pero vió que mientras se habia divertido con *Imma*, había caído mucha nieve, y temió ser descubierto por las huellas. Consultó con la Princesa sobre el medio de salir de aquel trance; ésta le ofreció cargarle sobre sus hombros, y llevarle hasta atravesar la calle inmediata, y pasar la nieve. El Emperador había pasado aquella noche sin dormir; y se atribuye éste su desvelo á un efecto particular de la Providencia. Se levantó antes del dia, y mirando por el balcon, vió á su hija, que caminaba con trabajo por el peso que llevaba, y que despues de haberle dexado se retiro con gran celeridad. La admiracion y el dolor le sorprendieron, mas tomó por entonces el partido de disimular. *Eginbart*, sospechándose que el hecho no podría estar mucho tiempo oculto, resolvió retirarse, y se puso á los pies del Emperador, para que le franquease su licencia, alegando que no se le habian recompensado sus largos servicios. El Emperador le respondió que determinaría lo conveniente, y que para tal dia le haría saber su resolucion. El dia despues celebró consejo secreto, expuso individualmente lo que había visto, pidiendo parecer sobre un asunto que deshonoraba á su familia. Las opiniones fueron varias. Muchos se inclinaban á un castigo riguroso para escarmiento; otros despues de haber bien ponderado el delicado asunto, sugirieron al Emperador que decidiese él con su sublíme prudencia. El parecer del Monarca, fue que castigando á *Eginbart*, aumentaría mas que disminuiría la vergüenza de su familia, por lo que creía mejor partido encubrir esta ignominia con el velo del matrimonio. Se hizo llamar entonces al *Galan* y se le dixo, que para satisfacer á sus ruegos de no haber sido recompensados sus servicios, se le concedía por esposa á la hija del Emperador. *Te daré mi hija*, le dixo *Carlos Magno*, *aquella portadora que tan benignamente cargó sobre sus hombros tu persona*. Al mismo tiempo hizo llamar á la Princesa, y se la entregó á *Eginbart* por muger, con un dote proporcionado á la hija de un tan gran Príncipe.

Leccion XX

A las Jovenes Tiernas, que Desean Casarse Demasiado Temprano.

. *Amores.*
De tenero meditatatur ungui.

Hor. L. III. od. VI. 23.

Un sugeto muy versado en las reglas del amor, me ha remitido la siguiente carta, que encierra varias preguntas de una Señorita, que desea la respuesta de cada una, y me ruega que ratifique y autorice todo. Despues de haberlas escrupulosamente exâminado, doy de muy buena gana mi parecer, y ruego á la Señorita interesada, se sirva conformarse con él.

Señor Filósofo.

Cumplí trece años justamente el dia nueve de Diciembre próxîmo pasado; esto quiere decir que debo sériamente pensar en establecerme en el mundo, pero deseára que vmd. se sirviese aconsejarme sobre lo que debo hacer con el Señor *Don Leandro*, que de algun tiempo á esta parte me favorece con distincion. Es gallardo jóven, tiene los ojos mas negros, y los dientes mas blancos que he visto en el mundo. Aunque no es el mayorazgo de su casa, viste á lo señor, y nadie se presenta en una tertulia con mayor gracia que él. Sé que ha rechazado buenos partidos, y si no puede lograrne por esposa, ha resuelto no casarse en su vida. Pero habiéndome el otro dia remitido una composicion en verso (es el mayor ingenio de la monarquía) mi Padre le ha prohibido volver á poner los pies en casa. Se dá por motivo, que mi hermana mayor (que siempre quisiera tratarme como á una niña) debe casarse antes que yo. Ella altiva tiene el descáro de decir que *Don Leandro* se burla de mí, y que me volverá el juicio. Mas yo de qualquier modo he determinado casarme con él, quando no fuese por otra cosa, solo por hacerla rabiar. Pero no queriendo precipitarme, suplico á vmd. me dé la respuesta correspondiente á las adjuntas preguntas, y publicarla con el *Filósofo á la moda*, para que llegue á mi noticia, pues leo con gusto sus Lecciones. No tengo la menor duda que será favorable, de modo que podré empeñarme en seguirla con toda seguridad.

P. ¿Quándo el Señor D. Leandro me está mirando por media hora continua, y me llama Niña de sus ojos, no es ésta una fuerte prueba de que está enamorado de mí?

R. No.

P. ¿No debo suponer que será tierno y generoso conmigo, quando ha prometido concederme la mitad de mi dote para alfileres, y de mantenerme coche con tiro?

R. No.

P. ¿No estoy yo en estado de juzgar de su mérito, que le he experimentado mas de un año, mejor que mis Padres, que apenas le han oído hablar?

R. No.

P. ¿Mi edad acaso no es suficiente, para dexar enteramente á mi albedrío la eleccion de un esposo?

R. No.

P. ¿No hubiera yo cometido una gran descortesía en no aceptar la fineza de un lazo formado de su propio pelo?

R. No.

P. ¿No sería yo la mas inhumana de todas las criaturas, sino tuviera piedad de un hombre, que incesantemente suspira por mí?

R. No.

P. ¿No me aconsejará vmd. que me escape de casa con un hombre tan de bien, y que me quiere tanto?

R. No.

P. ¿No cree vmd. si le abandono, que la desesperacion le llevará á que se ahorque?

R. No.

P. ¿Qué le diré la primera vez que me pregunte, si quiero casarme con él?

R. No.

Me ha parecido, pues, Señorita, responder uniformemente á todas sus preguntas, atendiendo á que la delicadeza de vmd. no se molestase en aprender, ó tomar de memoria varias respuestas que pudiera darla, y que la expondrían al peligro de equivocarse alguna vez quando fuese preguntada. Grave vmd. profundamente en su corazon este *NO* de mis respuestas, y solo quando yo la pregunte si la vá bien con él, deberá responderme: *SI*.